

Conoció personalmente los aspectos horrible ó graciosamente pintoresco de ambos hemisferios; una lectura prodigiosa, auxiliada por un alma ardiente le hacía vivir de nuevo en todas las edades antiguas. El espectáculo del universo se desarrolló ante él en magistral y amplio panorama, que le descubría á la vez en sus secretos más precisos, los tiempos y los espacios. Vivió, sufrió y cantó la vida universal y todo el pasado de la humanidad. Con Caín el maldito, con las tribus primitivas, abandonó las altas mesetas de Asia, siguió el curso del Ganges que baña con sus dilatadas aguas los bosques misteriosos en que aparecen las imágenes monstruosas de las divinidades de la India; cruzando por los hipogeos egipcios, por Judea, por la divina Grecia, tierra del genio y de la belleza, llegó á los países del Norte, rehaciendo nuevamente el camino seguido por los Vikings y repitiendo el eco de los cantos de los arpistas en que llora Hialmar y en que aullan los bárbaros de Erin y de Armor. La sombra del Gólgota rozó su frente con un limbo de tristeza y recogió en su alma el universal lamento de los seres y de las cosas.

Pintor de la vida en todos sus grados, abrió la poesía á los animales mismos, de igual modo que Bufon les había hecho los honores de la prosa: «Familiarizado con las grandes fieras» según la frase de otro poeta, trazó con su pluma cuadros en que puso todo el vigor de un Barye y todo el color de un Desportes.

El tigre en la selva, la pantera negra de Java, arrastrándose entre los *letchis* de purpúrea fruta y los cactus de color de escarlata, el condor que se eleva azotando la áspera nieve de los Andes, los elefantes de lenta marcha, el hambriento tiburón de piel floja y ruda, siniestro rondador de las estepas del mar, los perros aulladores, todos los seres han tenido derecho á sus cantos y á su simpatía, á condición de que fuesen dignos de su genio y de que por el horror de su aspecto y la potencia de sus almas, pudiesen ser tomados por hermanos atrasados de los bárbaros hirsutos y de los hombres primitivos.

Necesitaba un tono pintoresco violento; su musa, entre nosotros, sentía la nostalgia del otro hemisferio y de los siglos pasados. No admiró ni amó nada que no tuviese, en cuanto á la línea, el color, la apariencia y la idea, algo de enorme, de gigantesco, de monstruoso, de sobrehumano y de extraño. Vivía fuera y lejos de este París al que honraba con su presencia.

El Asia y sus emigraciones, sus misterios, sus religiones milenarias, sus bramantes, sus judíos y sus primeros cristianos en la brillante decoración de las túnicas azules y blancas, que se destacan sobre el ocre de las fortalezas; los antepasados, vestidos de pieles de fiera, la Grecia dormida al pie de las azules ondas del mar Egeo en que se refleja su cielo; las visiones sombrías y brutales de la feroz edad media, las

recortadas rocas de las costas armoricanas, los paisajes americanos de las Cordilleras ó de la Pradera, todo le atraía excepto lo moderno y lo presente. No hubo poeta más sabio. Sería lástima que Leconte de Lisle mereciese ese epíteto de impasible con que han querido afeár el mármol de su perfil inmóvil: — Dejad las palmas, pero cortad las alas. — Eso es una necesidad, exclamaba él indignado.

¡Sea en hora buena! Si no hubiese vibrado, sentido y experimentado emociones fuertes, no sería poeta, no sería más que un jugador de manos que durante cuarenta años, desempeñó la comedia de la poesía.

Leconte de Lisle fué el jefe de la escuela parnasiana erigida contra la poesía personal de los románticos. Pero el poeta no puede libertarse de sus sentimientos, del mismo modo que tampoco le es posible librarse de su sombra. Chateaubriand había indicado perfectamente el lado subjetivo y personal de *Poliuto* y de *Atalía*. Leconte de Lisle parece impasible y anónimo: sin embargo nos ha confiado sus secretos. Se desdeñó de confiarnos sus amores heridos, sus vanidades contrariadas, su manera de vivir.

Las emociones personales no han dejado en él (en el libro) sino leves huellas: las pasiones y los hechos contemporáneos no aparecen. Aunque el arte pueda dar, en cierto modo, un carácter de generalidad á todo lo que toca, hay, en la confesión pública de las angustias del corazón y de sus deleites no menos amargos, una vanidad y una profanación gratuitas. (Prefacio de los *Poemas antiguos*.)

El pudor de los sentimientos no significa la ausencia de los mismos:

Yo he visto á este impasible tan conmovido al recibir un telegrama con noticias del hijo enfermo de un amigo suyo, que sus dedos crispados y temblorosos apenas podían abrir el sobre. (H. Houssaye.)

En el soneto *les Montreurs*, dice á la multitud:

Je ne te vendrai pas mon ivresse ou mon mal,  
Je ne livrerai pas ma vie à tes huées,  
Je ne danserai pas sur ton tréteau banal<sup>1</sup>.

Pero, á pesar suyo, se le escapa el secreto de su alma. Ha escrito poemas llenos de ternura y de confidencias indirectas: *la Ilusión suprema*, *Ultra caelos*, *los Condenados*, *la Muerte del Sol*, *la Caída de las estrellas*, *Dies Iræ*, *el Perfume imperecedero*, *la Fuente de los Bejucos*, *el Manchy* y *el Colibri* están llenos de infinita dulzura y de ternura encan-

1.

Mi embriaguez y mi pena no venderte he jurado;  
Mi vida á tus sarcasmos jamás entregare.  
Ni bailaré tampoco en tu vulgar tablado.

tadora. No puede ser tachado de falta de simpatía hacia el sufrimiento humano.

De toda la obra del poeta, sube como un largo lamento de las cosas y de los seres. En su juventud decía :

Une plainte est au fond de la rumeur des nuits,  
Lamentation large et souffrance inconnue,  
Qui monte de la terre et roule dans la nue,  
Soupir du globe errant dans l'éternel chemin,  
Mais effacé toujours par le soupir humain.  
Sombre douleur de l'homme, ô voix triste et profonde !

Al declinar su vida, escribía en admirables versos :

J'ai goûté peu de joie, et j'ai l'âme assouvie  
Des jours nouveaux non moins que des siècles anciens ;  
Dans le sable stérile où dorment tous les miens,  
Que ne puis-je finir le songe de ma vie !...

Ah ! tout cela, jeunesse, amour, joie et pensée,  
Chants de la mer et des forêts, souffles du ciel,  
Emportant à plein vol l'Espérance insensée,  
Qu'est-ce que tout cela qui n'est pas éternel ? !

El mismo ha convenido en que « los sentimientos tiernos, y hasta las delicadezas sutiles adquieren al pasar, por un alma fuerte su expresión definitiva; y por eso la sensibilidad de los poetas viriles es la única verdadera ». Ha dado á su dolor una forma nueva, convirtiéndolo en angustia metafísica.

Bajo aquella frente amplia y olímpica, se ha librado un combate que ha producido el tumulto de sus pensamientos vigorosos rebelados contra la ignorancia, la fuerza y la materia en nombre de la razón, de la justicia y de la libertad. En sus cantos inspirados por el amor de la Hélade resuenan aún con toda su estruendosa inmortalidad las músicas marciales de Salamina y de Maratón. Y ¿ cómo es posible sostener que no vibró y sintió en sí las emociones más elevadas y generosas, el que nos ha

1. Surge como una queja entre el rumor nocturno,  
Dolor desconocido, prolongado lamento,  
Que sube de la tierra y llega el firmamento;  
¡ Ay ! que en su eterno giro el globo lanza en vano,  
Y es apagado siempre por el suspiro humano.  
¡ Negro dolor del hombre ! ; oh voz triste y profunda !
  2. Gusté pocos placeres, hastiada está mi alma  
Tanto de antiguos siglos cual de días recientes.  
¿ Por qué en la arena estéril do duermen mis parientes  
El sueño de mi vida no he de acabar en calma ?
- Todo, amor, juventud, júbilo y pensamiento  
Cantos del mar y el bosque, soplos del firmamento,  
Que en raudo vuelo arrastran insensata Esperanza;  
¿ Qué es todo al fin y al cabo, si eterno ser no alcanza ?

conducido ante el Areópago desde donde irradian las glorias de Homero, de Esquilo y de Sófocles, como para convidarnos á volver de nuevo hacia esos sublimes modelos producidos por una raza llena de luz, de certeza, de ideal y de heroísmo ? ; Qué hermosa alma la que deja escapar este grito : « ¡ Hacer una hermosa obra de arte es probar su amor á la justicia y al derecho ! »

El universo se le apareció como un perpetuo derrumbamiento, un perpetuo deslizamiento, pero también como una perpetua renovación; mañana se edificará sobre las ruinas de ayer; los gérmenes nacen de la espléndida podredumbre de los siglos. Se comprende que el hombre resulte una cosa secundaria en este gran drama de la naturaleza.

Pero esta visión, este amor, este culto de la naturaleza en su belleza, su armonía, sus líneas grandiosas, sus variados matices, sus espaciosas decoraciones y sus cuadros admirables ó abrumadores, son el espectáculo que más conforta, el más sano, y el más consolador que ofrecen la tierra y los cielos al hombre que los contempla, porque le inspiran la certitud de que el orden nace del caos, de que las fuerzas brutales de la materia acaban por someterse y dejarse domar ; de que la belleza final es el fin del universo ; y, como la naturaleza física se ha desprendido del desorden caótico para tender hacia la unidad y la armonía, la conciencia humana tenderá igualmente de día en día hacia un estado más perfecto de equilibrio, de inteligencia, de ciencia, de belleza y de bondad. Tómese en este sentido el culto de Leconte de Lisle á la belleza ordenal es decir superior, á la Armonía, al Ideal, al alba pura y resplandeciente cuyos vivificantes destellos guían y atraen á la humanidad en marcha ; porque la Belleza consuela y fortifica, y á no ser por ella, el hombre volvería á caer inerte y sin deseos en las tinieblas :

Elle seule survit, immuable, éternelle !

La mort peut disperser les univers tremblants,

Mais la Beauté flamboie et tout renaît en elle,

Et les mondes encor roulent sous ses pieds blancs !

Nadie ha colocado más alta, ni iluminado con luz más pura, la visión resplandeciente que reanima á la lenta caravana y le hace ponerse nuevamente en marcha hacia el ideal. Su obra canta el himno de la fuerza, del aire libre, de la salud, de la energía, de la resistencia, y de la voluntad que se yergue enérgicamente ante la fatalidad. Tiene una perfección severa y definitiva que le da el carácter de la eternidad. Son versos ennegrecidos por el humo, resplandecientes y enrojecidos por el

1. ¡ Inmutable y eterna sólo ella sobrevive !  
Puede mundos inquietos la muerte dispersar ;  
Mas brilla la Belleza ; todo en ella revive  
Bajo sus plantas vuelven los mundos á rodar.

fuego y la sangre, vibrantes de heroísmo y de furor, y con frecuencia son también la taza de mármol blanco, en que se mira el cielo, á donde acude á beber el ave y donde la hija del emir respira el perfume de las rosas.

Si tales la idea que inspiran las obras de Leconte de Lisle, no hay que desdeñar su volumen de obras póstumas publicadas por Heredia. Allí no se vigiló á sí mismo y se muestra á nosotros con mayor abandono. Allí se echa más de ver su verdadera personalidad, y por esto es dicho volumen muy edificante. Los *Últimos Poemas* son unos antiguos, y otros bárbaros, con descripciones tropicales y algunos elementos nuevos, como los versos galantes, los madrigales, ó los de carácter cómico. No estábamos acostumbrados á figurarnos al poeta salvaje trezando guirnaldas á Cloris ó dejando errar la risa por su lampiña cara de busto griego. Por lo demás se comprende que no era tal su costumbre; diríase que es un jefe indio que hace melindres en medio de las pértigas que llevan en lo alto cabezas cortadas. Su alegría es satánica y feroz, como cuando el diablo recuerda á Alejandro VI su salida de Constanza.

Sus ramilletes á Iris no tienen gracia. Están hechos con hojas de cacto. El coloso aplasta las rosas entre sus dedos demasiado recios. El poeta de las flores de fuego cae en la vulgaridad al querer probar sus fuerzas en las gracias del villancico.

Se reprocha con frecuencia al público la manía de clasificar los talentos; ha dicho á Leconte de Lisle: Tú cantarás los trópicos y á los hoplitas. Este exclusivismo suele equivocarse á veces, pero no sucede esto con el cantor de los *Poemas antiguos*. ¡Cuanto mejor no se prefiere oírle rugir, verle escalar los picos nevados y la muralla de abruptas cordilleras en que duerme el condor, oírle hacer gemir á Europea, maldecir á los monjes ó hacer rechinar los dientes al último maorí! Reunió en sí solo cualidades muy estimadas en varios de sus contemporáneos de aficiones muy diversas. Su poesía es una extraña síntesis una mezcla de afinidades vigorosas con la penachuda y radiante inspiración de Víctor Hugo, con las visiones llenas de sol de ciertas páginas de Sully Prud'homme y de Heredia, con las excentricidades de Baudelaire ó con las energías de Villiers de l'Isle-Adam. Como en todos estos poetas á la vez, hay en él picos nevados, lagos donde duermen los hipopótamos, luchas homéricas, himnos á Artemis, autos de fe, teorías de cardenales rojos, lagunas en que vibran reptiles, cascadas de jefes bárbaros, plumas de *sachems*, suplicios raros y refinados, cantado todo ello en una lengua pura, elevada, sin mancha ni tacha, y avivada por los enérgicos toques de un resplandeciente color local y de un extraño instinto plástico. Leconte de Lisle ha hecho un descubrimiento en materia de arte; ha sospechado el poder evocador de los nombres

proprios cuya sola música solicita y despierta la imaginación. Es un don de las palabras que sus predecesores dejaban dormir, que desconocían al afrancesar los nombres, como hacemos ahora si no con Bruto y Casio, por los menos con Cicerón y Tito Livio, y lo mismo con Aquiles y Agamenón. Leconte de Lisle echó mano de ese poder evocador y tuvo razón para pretender que Aquiles ó Ulises no son los mismos personajes que Akilleus ó Odusseus. Aquiles hace pensar en Racine y en Versailles, mientras Akilleus suena de otra manera, y hace surgir en el espíritu la imagen de esos brutales degolladores pintados por Wiertz y Rochegrosse. Su musa erudita, alimentada con el jugo de los alejandrinos y del budismo, ha sabido realizar maravillas vistas de descripción cuyo color iguala al relieve:

Or il vit Ammon-Rá ceint des funèbres linges,  
Avec ses longs yeux clos d'un éternel sommeil,  
Les reins roides, assis entre les quatre singes,  
Trainé par des chacals sur la nef du Soleil;

Puis tous ceux qu'engendra l'épais limon du Fleuve:  
Thoth le Lunaire, Khons, Anubis l'Aboyeur  
Qui pourchassait les morts aux heures de l'Epreuve,  
Isis-Hathor, Apis et Ptah, le Nain rieur<sup>1</sup>.

Entremos en el obscuro recinto en que sueña, la figura ascética del papa, vestido de blanca lana y adornado con su cruz pectoral.

Eseuchemos á Borgia cantar la síntesis de sus liviandades y el himno de su hastío, ó dirijamos nuestras miradas más lejos y meditemos sobre las majestuosas noches del océano Pacífico.

Hay que hojear una serie de artículos que Leconte de Lisle consagró á sus más ilustres contemporáneos: á Béranger, á quien desdeña, á Lamartine á quien tolera; á Alfred de Vigny á quien alienta; á Aug. Barbier y á Baudelaire á quienes admira, y á Víctor Hugo de quien da este brillante testimonio:

Cuando han dejado de caer en capas espesas las lluvias de la zona tórrida sobre las cimas y en los valles interiores de la isla en que nació, las brisas del Este se llevan hacia alta mar el alud de nubes que se disipan con el sol, y las aguas amontonadas rompen bruscamente las paredes de su naturales depósitos. Deslizanse por esos desgarrones de montaña que se llaman barrancos, escaleras de seis á siete leguas, erizadas de vegetaciones silvestres cuya forma

1. Vió después á Ammon-Rá del sudario ceñido,  
Cuyos rasgados ojos sueño eterno ha cerrado  
Entre los cuatro monos sentado el busto erguido  
Del sol sobre la nave, por chacales llevado.

Después á cuantos vida del río el limo fiera,  
Thoth el Lunario, Khons, Anubis ladrador,  
Que en las horas de prueba los muertos persiguiera,  
Isis-Hathor con Apis y Ptah el Burlador.

irregular semeja las ruinas de alguna Babel colosal. Precipítanse, desaparecen, saltan y van á perderse en el abismo, de alto abajo, las masas de espuma en forma de torrentes y cataratas con rugidos inauditos. Acá y acullá, al abrigo de las furiosas corrientes, se bañan en pequeños remansos de lava musgosa, llenos de luz las aves tranquilas y las flores espléndidas de los grandes bejucos. Muy cerca ruedan las aguas, ya lívidas, ya inflamadas por el sol, arrastrando consigo los amarindos desarraigados que agitan sus negras cabelleras y los rebaños de bueyes que mugen. Corren, bajan, cada vez más impetuosas, llegan al mar y producen una inmensa brecha entre las olas. Hay algo de eso en el genio y en la obra de Víctor Hugo.

Se podría fácilmente extraer de sus obras, su estética poética, que se encierra toda entre el culto absoluto de lo bello y el desprecio del vulgo. Lo bello es su ídolo, y nadie ha hablado con más elocuencia de sus derechos y de su alcance, que, según él, es infinito :

No teniendo el reino de lo bello otros límites que los que le están asignados por la extensión misma de la visión poética, ya penetre ésta en las serenas regiones del bien, ó ya descienda á los abismos del mal, es siempre verdadera y legítima, expresando para todos lo que cada uno no puede conocer sino por su medio, y no enseñando nada á quien no sabe ver.

La escuela realista no sabría hallar más magnífico epigrafe.

El yo y la personalidad descrita intencionalmente son á sus ojos las únicas materias refractarias á la poesía. Con picante brutalidad, ha censurado al vil rebaño de la multitud y maltratado al vulgo necio. Desde lo alto de su torre de marfil, insulta é esa multitud imbecil y le dice su deber, « que consiste en escuchar y comprender », porque, « no es capaz de juzgar de lo Bello ». Se muestra descontento de su público francés :

El pueblo francés está dotado de un modo de ser incurable. Ni sus ojos, ni sus oídos, ni su inteligencia percibirán jamás el mundo divino de la belleza. Raza de oradores elocuentes, de heroicos soldados, de incisivos libelistas, lo concedo; pero nada más.

En otra parte añade : « En el mundo del arte, el pueblo francés es ciego y sordo. »

Declara en otro lugar que sería más difícil á un poeta afinar el gusto de los franceses que á los chimpancés enseñar el zend y el sánscrito á sus pequeñuelos. Estas palabras son propias de jóvenes. Como dice La Bruyère, el público devuelve lo que le restan. Leconte de Lisle le menospreció, y él le pagó en la misma moneda. El poeta que cantó á Hjalmar y Angantyr no trabajó para la multitud y permaneció en un aislamiento soberbio, como Alfred de Vigny á quien felicita por ello. Sirva esto de respuesta á los que han censurado la olímpica impassibilidad de este hombre de mármol : « En cuanto á los insultos imbeciles

que se han levantado en torno mío, como infecto polvo, no han logrado más que saturar de asco la tranquila profundidad de mi desprecio. » Ya se han olvidado aquellos gritos de cólera para no recordar más que la rica poesía que se desborda poderosa y terrible del antro sagrado donde se divisa, de pie y altivo, el bardo vigoroso, espantoso y semejante á

Ce sombre Ahriman, le roi de l'Epouvante<sup>1</sup>,  
Couronné de l'orgueil de ses rébellions.

Jose María de Heredia está seguro de no ocupar jamás en las bibliotecas un pie de sitio « lo cual constituía la ambición de Fabricio en *Gil Blas de Santillana* ». Sólo ocupará algunos centímetros, los que puede llenar el canto de un volumen en-doavo, pero puede estar seguro de ello. No quiere decir esto que no haya publicado en todo y por todo sino doscientos sonetos : *los Trofeos*. En otro tiempo hizo estudios de erudición á los que se había aficionado mientras estuvo en la escuela de Chartes. Á pesar del mérito de estos trabajos arcaicos, dudo mucho que en los plúteos de los bibliófilos, se encuentren con frecuencia, junto á su volumen de versos, su larga memoria sobre las crónicas de Bernal Diaz y cuatro volúmenes en octavo.

*Los Trofeos* producen francamente la impresión de un talento completo y por otra parte bastante complejo. Puede compararse á Heredia con algún cincelador florentino inclinado detrás de la ventana de su taller sobre la empuñadura de una espada en la que esculpe las más delicadas figurillas. Puede compararsele también al pastor de Sicilia sentado al pie de una aya y esculpiendo con la punta de su cuchillo imágenes de diosas en la copa de madera de avellano cantada y descrita por Teócrito ó Meleagro. ¿Qué le falta? La amplitud, lo vasto de la concepción, el entusiasmo desbordante y lírico, la fiebre de los sentimientos exaltados, el tumulto de las pasiones ó la suave melancolía de las emociones del corazón. No le pidáis lo que no puede ni quiere daros. Es el artista delicado y paciente enamorado de la forma frágil y exquisita, de las líneas tenues y de las chucherías menudas, de las vidrieras iluminadas, de los esmaltes suaves, de los pergaminos delicadamente dorados, de los brocados pacientemente tejidos, de las medallas patinadas, de las joyas caladas como encajes; es un curioso, un coleccionista, lo mismo en su libro que en su hogar; su alma está ávida de sensaciones lejanas y recoge con religiosidad sobre las riquezas de sus vitrinas el aliento del pasado; halla sus delicias lejos de nosotros, en el tiempo y en el espacio, en medio de las antigüedades y de las curiosidades, cada una de las cuales parece hacer revivir en su imaginación las sociedades ya

1.

Á ese Arimán sombrío, á ese rey del Espanto  
Á quien diadema altiva ciñen sus rebeldías.

II.

desaparecidas. He aquí al heleno, enamorado de la antigüedad griega ó mas exactamente de las antigüedades de la magna Grecia y del Alejandrino. Ha sentido todo su encanto y lo ha engarzado en los joyeles de sus sonetos. Entonces cobra nueva vida el alma de Teócrito y la de Meleagro; y con las flores que coge en la *Antología*, trenzas guirnaldas de sus epigramas, corona á los héroes de la mitología, á Andrómeda ó Afrodita, á Hermes Crióforo ó á Artemis. Otras veces es Píndaro, al que Voltaire llamó con irreverencia «el poeta de los cocheros» y se ve pasar en el torbellino de polvo olímpico.

Heredia posee una facultad maravillosa de imaginación evocadora y precisa. El cuadro se dibuja en su espíritu con una intensidad de colores, una firmeza de contornos y una abundancia de detalles tales que, en sus restauraciones y resurrecciones, parece pintar del natural. Surge la imagen y anima el cuadro como una proyección luminosa. Véase este rincón de ruinas donde creería uno tener ante sí una decoración:

Le temple est en ruine au haut du promontoire,  
Et la Mort a mêlé dans ce fauve terrain  
Les Déesses de marbre et les Héros d'airain,  
Dont l'herbe solitaire ensevelit la gloire.

Seul, parfois, un bouvier menant ses buffles boire,  
De sa conque où soupire un antique refrain,  
Emplissant le ciel calme et l'horizon marin,  
Sur l'azur infini dresse sa forme noire<sup>1</sup>.

En esta antigüedad se nota una predilección por los Centauros, que le han inspirado vigorosas y pintorescas páginas, y echa de menos, con la Centauresa, el tiempo en que

Jadis à travers bois, rocs, torrents et vallons,  
Errait le fier troupeau des Centaures sans nombre;  
Sur leurs flancs le soleil se jouait avec l'ombre;  
Ils mêlaient leurs crins noirs parmi nos cheveux blonds<sup>2</sup>.

Hubiera podido agregar á estos sonetos hípico el en que imaginó al último superviviente de los Centauros vagando solitario por la playa.

1. Corona el promontorio un arruinado templo;  
En su agreste terreno, ha mezclado la muerte.  
Con las diosas de marmol héroes de bronce inerte,  
Que solitaria, hierba encubre, triste ejemplo!

Tal vez mientras sus búfalos algún boyero abrevá,  
Y en su concha modula vieja canción divina  
Llenando el cielo plácido y la extensión marina,  
En el azul inmenso su negra forma eleva.

2. Bosques, rocas, torrentes, valles cruzaba antaño.  
De inúmeros centauros el altivo rebaño.  
El sol en sus ijares con la sombra jugaba  
Con nuestro rubio pelo negro crin se mezclaba.

Todos sus hermanos han muerto; él se siente avergonzado de su soledad, de su singularidad que, gracias al aislamiento, se convierte en monstruosidad. Por eso no sale sino durante la noche para galopar por encima de los cantiles á la luz del sol poniente, porque entonces ve su sombra correr á su lado y puede figurarse que son aún dos.

Vuélvase la página: ya no es el heleno, sino el romano. Pero no hay que hacerse ilusiones; la metamorfosis es solo aparente. Bajo las traducciones hábiles y armoniosas de Horacio y de Cátulo, reaparece siempre el alejandrino que el poeta encuentra entre los más alejandrinos de los latinos. Contémplese esta cabaña:

Entre donc. Mes piliers sont fraîchement crépis,  
Et sous ma treille neuve où le soleil se glisse  
L'ombre est plus douce. L'air embaume la mélisse.  
Avril jonche la terre en fleurs d'un frais tapis.

¿De quién es esta pintura? ¿De Cátulo ó de los paisajistas de la *Antología*? Heredia admira é imita á los líricos de Roma por la misma razón que uno de sus favoritos, Andrés Chénier, porque son puramente griegos: los romanos, esos rudos calculadores y labradores no tienen en sí nada capaz de seducir á un alma artística y delicada.

Pasemos algunos sonetos y hallamos una nueva encarnación del poeta que se nos presenta ahora con el justillo de los venecianos del Renacimiento, con la daga cincelada, el collar de esmaltes finos, puesta la mano en un misal con broche de oro, y dirigiendo la vista hacia el palacio de la dogaresa.

Sobresale en sorprender el colorido y el lado pintoresco de las cosas, en descubrir los motivos y en inventar los asuntos que más se relacionan con su marco fijo y limitado, es como una serie de viejas estampas que se ven grabadas en diminutos paneles, en los flancos de las enormes catedrales y en las bovedillas de las ojivas, con títulos ya sugestivos: *el Artesero de Nazareth ó el Viejo Orfebre*. Revive en sus páginas toda la poesía de antaño, suave como el olor de los mirtos en el *Paraiso* del Dante ó las guirnaldas con que Petrarca ceñía la frente de Laura, ó las rosas que siembra bajo los pasos de Oliva el armonioso Joaquín du Bellay. Son visiones rápidas y netas, relámpagos que iluminan vivamente rincones del pasado, un pórtico obscuro de iglesia por donde pasa una elegante doncella, ó, atrevesada encima de una papelería de roble tallado, un hoja de estoque cuyo pomo está maravillosamente cincelado, ó el taller de un antiguo maestro encuadernador que maneja

1. Entra, pues, mis pilares ha poco he blanqueado;  
El rayo fugitivo los pámpanos irisa,  
Mas grata aquí es la sombra; huele el aire á melisa.  
Abril con una alfombra de flores cubre el prado.

las planchas de hierro y los oros ó el horno de enrojados ladrillos en el sombrío reducto en que ronca el atañor del fabricante de esmaltes :

Le fer rougit. La plaque est prête. Prends ta lampe.  
Modèle le paillon qui s'irise ardemment  
Et fixe avec le feu dans le sombre pigment  
La poudre étincelante où ton pinceau se trempe <sup>1</sup>.

Toda la Italia del Renacimiento aparece en estas evocaciones espléndidas, sobrias, vigorosas y tornasoladas; no hay lienzo más pintoresco ni más animado que este picante croquis del Puente Viejo de Florencia.

Le vaillant Maître Orfèvre, à l'œuvre dès matines,  
Faisait, de ses pinceaux d'où s'égouttait l'émail,  
Sur la paix niellée ou sur l'or du fermail,  
Epanouir la fleur des devises latines.

Sur le Pont, au son clair des cloches argentines,  
La cape coudoyait le froc et le camail ;  
Et le soleil montant en un ciel de vitrail,  
Mettait un nimbe au front des belles Florentines,

Et prompts au rêve ardent qui les savait charmer,  
Les apprentis, pensifs, oubliaient de fermer  
Les mains des fiancés au chaton de la bague ;

Tandis que d'un burin trempé comme un stylet,  
Le jeune Cellini, sans rien voir, ciselait  
Le combat des Titans au pommeau d'une dague <sup>2</sup>.

Pero sobre todo hay que hacer notar todavía que Heredia es un español, español de Cuba. Tiene tras sí generaciones de antepasados que fueron ilustres en el siglo xv, que conquistaron el Nuevo Mundo, roturaron bosques vírgenes y buscaron el oro de las Indias. En 1532, vemos á un José María de Heredia que fué uno de esos conquistadores del

1. Véase la traducción tomo I, p. 299.

2. Trabaja el gran orfebre las horas matutinas  
Y con diestros pinceles de do esmalte gotea,  
La nielada placa ó áureo broche hermosa  
Con la flor que contienen las divisas latinas.

En el Puente se escuchan campanas argentinas,  
Con cogulla y muceta la capa se codea  
Y el sol, que allá en el cielo azul se enseorea,  
Con nimbo de oro ciñe las bellas florentinas.

Presa de sueño ardiente que encantarle lograba,  
Aprendiz distraído de cerrar se olvidaba  
Las manos de los novios en la nupcial sortija,

Mientras el joven Cellini atento cincelaba,  
De una daga en el pomo con su buril grababa  
De los fieros Titanes la batalla prolija.

oro y que fundó á Cartagena de Indias. Claudio Popelin le pintó sobre esmalte dándole los rasgos del poeta que le ha cantado.

El pintor de Nittis había notado el aspecto inquisitorial por donde Heredia se relaciona con Torquemada :

— En la mesa, refiere José María de Heredia una operación quirúrgica con un lujo de detalles animados y crueles. — ¡Qué demonio de Heredia! dice el Sr. de Goncourt, cincela esa escena de carnicería como un soneto. — Naturalmente, responde Heredia, tengo en las venas antigua sangre de inquisidor. — Yo no me encuentro bien, casi estoy á punto de desmayarme como me ha ocurrido en un caso semejante. De pronto uno de nosotros cae con la cabeza sobre la mesa, es el Sr. de Fourcaud que se ha desmayado.

Heredia no se siente fuera de su lugar bajo la capa y el fieltro del conquistador : aun corre por sus venas sangre de los abuelos, abrasada por el sol de los trópicos y centelleante como el polen de los cactus que crecen á orillas de los apagados cráteres en los Chimborazos :

Lorsque, suprême effort de l'antique incendie,  
A l'orle de la gueule à jamais refroidie,  
Éclatant à travers les rocs pulvérisés,  
Comme un coup de tonnerre au milieu du silence,  
Dans le poudroiment d'or du pollen qu'elle lance,  
S'épanouit la fleur des cactus embrasés <sup>1</sup>.

Creeríase oír á Leconte de Lisle : ambos poetas tienen cierto parentesco. El cantor de los Aulladores indicaba cierto día un matiz ingeniosamente observado entre él y su émulo : « Ud. es un colorista, le decía, yo soy un luminista. » Es verdad, la luz de los trópicos aparece como polvo de oro, cegadora y uniforme en los versos resplandecientes de los poemas bárbaros ; en el poeta cubano es más suave ; deja á los objetos su vivo tinte, no los ahoga en el polvo de oro ; se comprende que el bardo de las Cordilleras nació en un país menos asiduamente abrasado por el sol, y en que las lluvias producen á veces sombras y manchas en los granitos ardientes.

¡Qué curiosa simpatía entre estos dos poetas de origen lejano, venidos uno de la isla de Borbón, y otro de la isla de Cuba á cantar en París los esplendores del pasado de Europa! Ambos conocieron y amaron las mismas fuentes de inspiración, España y sus romanceros, Italia y su Renacimiento, la magna Grecia, el Egipto, las Indias, América y los

1.

Quando supremo esfuerzo de incendio ya olvidado  
Á la orilla del cráter para siempre apagado,  
De disgregadas rocas estallando á través,  
En medio del silencio, como trueno sonoro,  
Del polen que ella lanza entre el polvo de oro,  
Del abrasado cacto la flor abrirse ves...